

Fundador y Propietario,  
LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Director,  
LOIS G. URBINA.

Gerente,  
LUIS REYES SPINDOLA. Secretario de Redacción,  
JOSE GOMEZ UGARTE.

Subscripción foránea, por trimestre... \$ 4.50  
En la capital, al mes... 1.25  
Números sueltos... 0.50

Los asuntos de redacción deberán tratarse directamente con el Secretario.  
No se devuelven originales.

# LA SEMANA

Antaño, ésta era una temporada de jolgorio continuo; eran nueve días de apuros y otras tantas noches de fiestas alegres, en las cuales no faltaban, por supuesto, su hora de rezar, su rato de concierto, y un rato de baile para que los jóvenes quedaran contentos.

México entero se divertía, el México aquí de la «Ciudad de los palacios» el de las calles con caños abiertos y empedrado común más lleno de escarpaduras que una montaña, el de las ventanas con rejas de prisión y los balcones con toscos barandales, el de los faroles colgados en medio de las calles, el de las puertas claveteadas; ese México que contemplamos con cierta curiosidad risueña, al hojear cualquier libro viejo, y detenernos frente a una lámina de dibujo algo infantil y perspectiva convencional, ese México que vive en los artículos de Payno y de Zamacois, en los versos de Juan Díaz Covarrubias y en la «Lámpara Mágica» de Facundo; ese México que se va delineando ante nosotros con precisión fotográfica, cuando en el rincón del estrado cursi, fuera de la charla loca de las muchachas y de la grave conversación de los viejos, nos ponemos a echar palique con la más anelana de la casa, una viejecita de rostro rugoso bajo las dos blancas ondas del peinado, de mascarada colorida sobre el torso enjuto, la cual nos cuenta en su lenguaje sencillo y pintoresco, lleno de modismos y adagios, y mientras sostiene en la mano huesosa y declamatoria una colilla humeante, los episodios y costumbres de aquella época, maliciosamente cándida é inocentemente supersticiosa.

Era el tiempo de las posadas, el tiempo gozoso de los peregrinos, las noches de procesión casera, en que se cantaban las letanías y los villancicos acompañados de los pilos de caña de los muchachos, de los panderos de los papás y de las risas y cuchicheos de los novios.

Entonces toda la tarde era animación y bullicio. La Plaza de Armas parecía un mar agitado en el que flotaban mástiles verdes—las ramas del pino chorreando hebras de heno; se balanceaban las barracas, bajo las cuales se guardaban cordilleras de conifes como pequeños volcanes cubiertos de nieve, y cumbres de pastillas como montones de piedras preciosas, y filas de peregrinos en supuesta marcha por los pedazos de corteza de árbol, rocas frías de aquel camino fatigoso. Oíanse gritos de los vendedores, tumulto y batahola; ansia de llegar á la casa para colocar el Misterio dentro de las arcadas de pino y heno, puestas en el lugar más visible de la sala; gorjeos de los niños, entusiasmo de los grandes y animación y tumulto por todos los barrios de la ciudad. ¡Oh, las tardes de aquellos días!

Por las noches las calles quedaban solas, alumbradas por la luz blanca de los astros—en México, las noches de diciembre son la primavera de los cielos—y por los faroles colocados de distancia en distancia, que derramaban una luz tan malechenta y débil, que más parecían

lámparas de capilla que no representantes del alumbrado público.

Pero no bien sonaban las ocho en los relojes de la ciudad, cuando de las casas cerradas, altas y bajas, chicas y grandes, surgía la salva de las posadas, un reguero de cohetes que rayaba la atmósfera con caprichosas líneas de oro, una flora aérea, luminosa y efímera, rosetones carmesíes, ramilletes azules, lirios de llama deshojándose en el viento.

Y el transeunte solo que caminaba por la desierta acera, tal vez sin familia, sin hogar y sin amor, percibía, brotando en una onda de gozo, de cada ventana, de cada puerta, de cada casa, el rumor de las oraciones, los acordes de cristal de las músicas, las risas de los niños y los suspiros de los enamorados.

Aún queremos retener esas costumbres que año por año están más lejos de nosotros; aún hay puestos frente á la Alameda y posadas en las casas de la clase media; pero, en los puestos ya hay pocos peregrinos, y en las posadas no se cantan villancicos.

Esta animación que ahora tenemos no es fresca, es recalentada.

Hemos perdido el entusiasmo... como hemos perdido otras muchas cosas.

LUIS G. URBINA.

## CENTRALIZACION Y DISPERSION

No recordamos quién decía que el portamonedero era un invento destinado al importante fin de que el hombre pudiera perder de un solo golpe todo el dinero que llevara en el bolsillo.

Salta á la vista que tienen objeto análogo la purera, la cigarrera, la cartera, el paraguas y otros muchos inventos industriales, y casi todos los artículos comerciales.

Todos los anteriores, en efecto, y otros mil, concentrando en un solo punto, acumulando en un solo lugar, aglomerando dentro de un mismo continente contenidos que pudieran encontrarse diseminados ó dispersos, si nos permiten manejarlos en block, con una sola mano y en un instante indivisible, en cambio nos exponen á verlos perdidos y aniquilados en masa, de un sólo golpe y en una sola operación.

Confiar á una sola nave todas las mercancías, encerrar en una sola caverna todos los tesoros, depositar en un solo banco todos los fondos, invertir en un solo negocio todos los capitales, es, sin duda, lo más cómodo, lo más simple, lo más expeditivo, lo más rápido; pero no podrá negarse que es lo más imprudente y lo más peligroso.

Un solo resoplido del huracán, un solo sacudimiento del terremoto, una sola bancarota ó una sola mal pensada operación comercial bastan á dar al traste con toda nuestra fortuna.

Proceder por centralización, es, pues, apostar á una sola carta todo el dinero y aventurar en un sólo lance todo el porvenir y toda la felicidad.

Claro es que si el albur se gana ó el lance es favorable, mucho se aventura y mucho se obtiene; pero en cambio, todo, en caso contrario y en un momento, se puede perder.

La prudencia más elemental aconseja el fraccionamiento, la diseminación, la dispersión como medio esencial de conservación de algo al menos, de lo que se posee, y como medida precautoria contra los accidentes y los contra-tempos de la vida.

Así, por ejemplo, si fuéramos ciclopes no podrían existir los tuertos, y es bien sabido que el tuerto es una atenuación, una componenda, una transacción honrosa entre la plena vista y la completa ceguera, ligeramente inferior á aquélla; pero enormemente superior á ésta.

Al dotarnos la «próvida Naturaleza» de dos manos y de dos pies, previó, sin duda, que pudiéramos perder uno de ellos, y quiso conser-

var el otro á guisa de refacción ó reserva, y como un *por es nada* en casos dados.

A ese mismo principio obedece, sin duda, el hecho de que las cosas tengan siempre dos lados ó partes, la derecha y la izquierda, la superior y la inferior, la anterior y la posterior, el anverso y el reverso, el vértice y la base. Y aterroriza pensar qué sería de todas las cosas si todos sus lados se hubieran concentrado en uno solo, so pretexto de rapidez, simplicidad y comodidad.

Si la Naturaleza se hubiera conformado siempre á este principio, muchos males se hubieran evitado é innumerables bienes conquistado. Si en vez de darnos un solo corazón nos hubiera dotado de dos, uno de «ejército permanente» y otro de «guardia nacional», no habría cardíaco ó no los habría sino por puro dilettantismo, toda vez que si uno de los corazones funcionaba mal, el otro podría hacer sus veces.

Un solo estómago es manifiestamente la *porción congrua* en materia digestiva y los cuatro de los ruminantes serían el ideal si, cosa que no sucede, cada uno de ellos pudiera suplir á los otros.

La mano humana, doble y con cinco dedos por barba, es una obra maestra, puesto que mal que bien las manos se suplen la una á la otra, y el anular se presta de buena voluntad, aunque con torpeza, á suplir al índice en caso de necesidad. Sería horroroso que el hombre no tuviera más que una sola mano y en ella un solo dedo.

Resueltamente, y en virtud de todo lo anterior, la centralización es poderosa y expeditiva; pero peligrosa y ocasionada. En este orden de ideas pudieran resultar ventajosas muchas instituciones del pasado y no pocas de origen exótico á las que no se hace, acaso, suficiente justicia: la poligamia, demos por caso.

Nos permitiríamos preguntar á sus adversarios: ¿En los regímenes poligámicos puede existir la viudez? Y ellos nos tendrían que contestar negativamente é inclinar la cabeza ante la evidencia. ¿Qué es la poligamia? Pues es la descentralización conyugal; es la organización á la prusiana, del hogar, con su ejército de primera línea, sus dos reservas y su *landwehr*; es la organización del amor y de la familia al estilo bancario, con sus fondos primero y segundo de reserva y de prevision, su amortización anual del capital fijo y sus existencias metálicas proporcionales á las emisiones de billetes.

Y es cosa bien triste ver que hasta en los países menos centralistas progresa é impera la centralización, que de lo vario se quiera en todo el orbe hacer lo uno, y que á través de dos ó tres mil años de progreso y de civilización todos resucitemos el ensueño del tirano que deseaba que la humanidad no tuviera más que una sola cabeza para darse el placer de cortarla.

Pero el asunto se presta á mayores y peores comentarios y nos proponemos estudiarlo en nuestro medio y en nuestro tiempo, en sus múltiples manifestaciones y en sus deplorables consecuencias.

Dr. el Norte

## EN EL CEMENTERIO

Miré sobre una tumba en que el olvido Descargó la impiedad de sus rigores,  
Entre el ramaje de fragantes flores,  
Un pequeño nidai casi escondido.

—¿Quién tuviera epitafio tan sentido!  
Me dije: y recordando mis dolores:  
—También sobre una tumba mis amores,  
Entre lirios en flor, tienen su nido!

Los dones de la gloria apetecida  
No anhelo para mí cuando sucumba.  
Se borra la inscripción adolorida!

Muere la flor; la estatua se derrumba.  
Amigos: ¡Como imagen de mi vida  
Un nido colocad sobre mi tumba!

GABRIEL E. MUÑOZ.

## EN EL DESTERCO

(IDILIO SALVAJE)

I  
¿Por qué á mi helada soledad viniste  
cubierta con el último caje  
de un crepúsculo gris? Mira el paisaje,  
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste  
tu corazón, bien vengas al salvaje  
desierto, donde apenas un miraje  
de lo que fué mi juventud, existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos  
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,  
puedes tornar á tu revuelto mundo.

Si no, ven á lavar tu cyprío manto  
en el mar amarguísimo y profundo  
de un triste amor ó de un inmenso llanto.

II  
Mira el paisaje: inmensidad abajo,  
inmensidad, inmensidad arriba.  
En el lejano fin, la sierra altiva,  
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo  
el terremoto, de la roca viva,  
y en aquella sabana, pensativa  
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente  
do se incrustan las águilas serenas,  
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos  
que viene sólo á interrumpir apenas  
el galope triunfal de los berrendos.

III  
En la estepa maldita, bajo el peso  
de sibilante brisa que asesina,  
irgues tu talla escultural y fina  
como un relieve en el confín impreso.

El viento entre los médanos opreso,  
canta cual una música divina,  
y flirje, bajo la húmeda neblina,  
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos  
un dardo negro de pasión y enojos  
que en mi carne y mi espíritu se clava.

Y, destacada contra el sol muriente  
como un alrón, flotando inmensamente  
tu bruna cabellera de india brava.

IV  
La llanada amarguísima y salobre,  
enjuta cuenca de océano muerto  
y en la gris lontananza, como puerto,  
el peñascal desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto  
aterradora lividez y sobre  
tu piel, tostada por el sol, el cobre  
y el sepiá de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,  
del peñascal bajo la enorme arruga,  
es para nuestro amor nido y caverna,

las llanas de tu cuerpo retorcidas  
en el torso viril que te subyuga  
con una gran palpitación de vidas.

V  
¿Qué enferma y dolorida lontananza!  
¿Qué inexorable y hosca llanura!  
Flota en todo el paisaje tal pavura  
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza, avanza, avanza,  
parece, con su trágica envoltura,  
el alma ingente, plena de amargura,  
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprímidos  
por el dolor de todas las pasiones,  
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo, el sol ya muerto,  
y en nuestros desgarrados corazones  
el desierto, el desierto... y el desierto.



ILMO. SR. DR. DON JOSE HOMOBONO ANAYA.  
El 10 del corriente

(Fot. Luperón)

## MUERTE DE UN PRELADO

El Sr. Obispo D. José Homobono Anaya

De manera repentina dejó de existir el día 10 del corriente, en la ciudad de Chilapa, del Estado de Guerrero, el señor obispo de la diócesis de aquel nombre, D. José Homobono Anaya.

La noticia de la muerte del distinguido prelado causó, tanto en México como en otros puntos del país—en Guadalajara y Culiacán, especialmente—una impresión muy dolorosa; pues pocos sacerdotes, como él, se habrán singularizado tanto en el desempeño de su ministerio, por su bien entendido espíritu de tolerancia, por su característico humildad y por su obediencia incondicional á las instituciones que nos rigen.

Hombre de elevada cultura, supo, á semejanza del ilustre Arzobispo D. Pedro Loza y Fardavé, conducirse con rectitud y acierto, lo mismo en su condición de cura de pueblo, que en la de miembro del Cabildo Eclesiástico de Guadalajara. Fue Rector del Seminario de aquella ciudad, y hasta donde le fué posible, impulsó los estudios que allí se emprendían, de acuerdo con los adelantos científicos modernos; como jefe de distintas feligresías, había antes fundado escuelas y fomentado las mejoras materiales, dirigiendo por sí mismo la construcción de nuevos templos, pues era muy entendido en asuntos de arquitectura. Como Obispo, sirvió primeramente en Sinaloa, siendo removido por el Vaticano á la Sede que hasta su muerte tuvo á su cargo, después de un viaje que hizo á Roma al frente de una peregrinación.

En esta misma página damos á conocer uno de sus últimos retratos, que debemos á la galería del Sr. D. José Velarde y Anaya, pariente cercano del prelado.

VI  
Es mi adiós. Allí vas, bruna y austera,  
por las planicies que el bochorno escalda  
y fulmina tu ardiente cabellera  
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones ¿qué me espera?  
(Ya apenas veo tu arrastrante falda)  
una deshojazón de primavera  
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido  
mi corazón y todo en él expira.  
Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aun te columbro y ya olvidé tu frente.  
Sólo ¡ay! tu espalda miro, cual se mira  
lo que huye y se aleja eternamente.

ENVIO.

En tus aras quemé mi último incienso  
y deshojé mis postrimeras rosas.  
Do se alzaban los templos de mis diosas  
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma y ¡qué descenso!  
¿Qué andar por entre ruinas y entre fosas!  
A fuerza de pensar en tales cosas,  
me duele el pensamiento cuando pienso.

Pasó. ¿Qué resta ya de tanto y tanto  
delirio? En ti ni la moral dolencia,  
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí ¡qué hondo y tremendo cataclismo!  
¿Qué sombra y qué pavor en la conciencia,  
y qué horrible disgusto de mí mismo!

MANUEL J. OTHÓN.